

Julio Enrique Cvila, escritor y poeta

Por Alfonso Ma. Landarech, S. J.

«El crítico traduce en una nueva expresión o en una materia diferente su impresión de lo bello».

OSCAR WILDE.

Ese es hoy mi trabajo, calcar con pluma tosca lo que un artista escribió con pluma de oro. Sólo he pretendido al trazar este cuadro de conjunto, dar una idea del hombre y de su obra y crear inquietudes. Así que a vuestra benevolencia me acojo.

El hombre

NACI —nos dice él mismo en una conversación privada tenida al caer de una tarde de poesía en su casa de habitación— el año 1892, el 4 de agosto, en San Salvador, en el Barrio del Calvario, a las seis de la tarde, en el momento en que pasaba por delante de mi casa la Procesión del Calvario. Y nos añade, con el énfasis del que pone toda su alma en las palabras, aunque yo soy miguelero de corazón y porque de allí son también mis padres.



Nací a las 6 de la tarde
(Si así no fué así debió haber sido)
Matiz tenue sin alarde
de luz y sin violencia.
Una llamita de ciencia
y una ansia de nido...

¿Y quién no conoce aquí a Julio Enrique? Figura prócer, alto, nervioso, grandes espaldas, casi atlético, frente despejada, nariz aguileña a lo Delgado y hablar sonoro e insinuante. Ese es el Dr. Julio Enrique por fuera. Pero en esa gran humanidad esbelta se encierra todo un tesoro de bondades.

Lo conocí siendo yo todavía un jovencito. Cuando estudiaba la Historia de la Literatura de Zorrilla San Martín, lo vi citado al lado de Arturo Ambrogí, únicos autores salvadoreños que se mencionaban allí, y recuerdo que se decía que era un poeta de verso amplio, muy alegórico y original, aludiendo, como ejemplo, a su primera obra publicada, única quizá en aquel entonces. «Fuentes de alma». Luego, al empaparme en toda su obra, he podido comprobar la verdad de esta afirmación.

Cargos honoríficos

Julio Enrique Avila es Doctor en Química y Farmacia.

Ha sido Secretario General de la Universidad; Decano y Catedrático de la Facultad de Química y Farmacia, y lo es actualmente de la de Humanidades; Subsecretario de Instrucción Pública; Ministro de Relaciones Exteriores y Jefe de la Sección de Archivo y Propaganda; Colaborador de varias revistas y periódicos nacionales y extranjeros, entre otros, «La Prensa» de Buenos Aires. Desempeñó el cargo honorífico de Jefe de la Delegación Salvadoreña en la Exposición de Sevilla y fué nombrado Hijo adoptivo y honorario de dicha ciudad.

Ha recibido también varias condecoraciones: Del Gobierno de España la Encomienda con placa de Alfonso X el Sabio y del Gobierno francés la de la Legión de Honor.

Su Obra

Obras completas.

VERSOS

Fuentes de alma. San Salvador, 1917.

El poeta egoísta. Editado por la Biblioteca Nacional, San Salvador, 1922.

Próximos a editarse:

Los ritmos desnudos.

Poemas del dolor irreverente.

PROSAS

El mundo de mi jardín (2a. Edición). Editado por la Biblioteca Nacional, San Salvador, 1937, que acaba de ser nuevamente reproducido en Ediciones del Ministerio de Cultura, 1949.

El Himno sin Patria. San Salvador, 1949.

El vigía sin luz (2a. Edición). Editado por la Universidad Autónoma de El Salvador, 1949. Ha sido publicado además dos veces en España, una por el Director de la Escuela de Ciegos y Sordomudos de Bilbao, en escritura «Braile».

El alma popular de nuestra Universidad, 1841—1941.

Próximos a publicarse:

El mensaje de utopía.

Un alma frente al espejo.

El pulgarcito de América.

Galerías (Vidas, Almas, Obras).

Palomas y Gavilanes.

Estas son las «Obras completas» y sin embargo Julio Enrique Avila tiene varias obras más, y algunas, verdaderos libros en preparación, pero de ellas no me voy a ocupar aquí. Me refiero principalmente a una Literatura española que está casi acabada. Faltan también, quién lo duda, algunos pocos poemas, tal cual discurso, alguna que otra prosa desperdigada acá o allá.

Pero en fin, se puede llamar a este artículo un ensayo de las obras completas de Julio Enrique, lo más sobresaliente de su producción, lo más privativo; en una palabra, la obra de Julio Enrique hasta el momento actual en que firmamos estas líneas que le dedicamos con todo cariño después de haberle leído y saboreado. Al recorrer sus versos y sus prosas llenas de poesía hemos sentido verdadera admiración por el poeta y por el pensador, y nos hemos persuadido de que todavía no se ha secado su vena poética y que el frescor de su prosa galana quiere darnos aún más y mejores frutos.

El escritor

El mundo de mi jardín

Julio Enrique está en su jardín —en el de su casa y en el de su alma— observa una flor, una planta, un pájaro, la pila de agua, la cosa más insignificante a veces. La describe en unas líneas fascinadoras, y saca una lección. Bajo el símbolo de un jardinero el poeta quisiera ser jardinero de la humanidad.

Nos atreveríamos a probar que en la prosa poética de Julio Enrique hay más poesía que en sus mismos versos, con ser éstos altamente artísticos en fondo y forma. Julio Enrique todo lo ve de una manera poética, bajo la metáfora hiriente o el símbolo sugestivo. La cuba de agua es para él un sabio y fecundo pensamiento, es sangre del pozo, la mañana se trajea de verano, la gota de rocío es una pupila asombrada en la que está encerrado todo el jardín y el cielo, las raíces son los luchadores de su jardín, la mañana es un polluelo incubado en el palacio de la Aurora emplumado con luz y con gorjeos, el jardín cuando llueve murmura plegarias, cuando el sapo pulsa su violín en la alberca y gimen sus «pizzicatos» las estrellas bajan a escucharle como un coro de sirenas cautivas, y si luego agita sus castañuelas las verás en el agua conmovida danzar con los cabellos desatados, las flores caerán a sus plantas en un suave homenaje...

¿A qué seguir? Así habla Julio Enrique siempre.

Se ha dicho que en síntesis la poesía no es otra cosa que lenguaje figurado. Si esto es verdad, nos hallamos ante un gran poeta, porque él no sabe hablar más que en metáforas.

Y todo tiene su moraleja filosófica, de carácter moral, popular o deducida del raciocinio o de la experiencia. Julio Enrique piensa mucho por su cuenta, por eso es tan original en sus concepciones y en la manera de expresarlas, porque son siempre un reflejo de su alma de artista y de filósofo.

«Doble visión» es acaso la que más revela este sentido reflexivo del autor. Podría aplicarse bien esta doble visión del mundo exterior e interior a una idea ascética o simplemente al pensamiento del poeta. Cuando los sentidos se derraman fuera, es imposible ver el mundo interno que llevamos dentro, es necesario quedar de nuevo ciegos para percibirlo.

«Esa mañana la hoja había abierto una pupila asombrada. La pupila era una gota de rocío. En esa gota luminosa está encerrado todo el jardín y el cielo... La hoja conoció las flores, la alberca y los pájaros; ella que sólo sabía del aroma y las melodías. En vano buscó los ritmos y los perfumes, el calor del sol y la frescura de la noche... Se acercó a la rosa para acariciarla, pero lastimó la tersura de sus pétalos y la rosa le rechazó con desagrado. Se llegó a la espina y la espina le hirió... Decepcionada la hoja fué sacudida por la pena. Cayó la gota de rocío y

nuevamente quedó ciega. Así ciega miraba mejor... ¡y calor y canto los sentía junto a ella, dentro de ella!»

La segunda parte de este encantador libro de parábolas se titula «Aguas fuertes» y significa bien su contenido: acuarelas, un verdadero aguafuerte regional de pintor realista.

En «Motivos», su tercera parte, va insinuando varias veces lo que voy observando a través de toda su obra, lo que yo llamaría su estética personal originalísima: ser proa, rompeolas, vanguardia que abre un camino hacia lo desconocido. «Las formas son vasos para lo inefable, cálices para el espíritu. Las formas son la creación del ideal, la materialización del sentimiento. Las formas encierran un esfuerzo de perfección, un anhelo de superarse nunca satisfecho. La idea es lo esencial, es el perfume, el alma. Pero el perfume para persistir necesita el pomo de cristal. Verter nuestro espíritu en las más perfectas formas posibles: ¡Acaso sea ésa la más sincera y primitiva definición de arte!»

La originalidad es para él algo esencialísimo, por eso os aconseja decir *vuestra* palabra, aunque sea de grillo. La misma idea se expone bajo otra forma en El Himno sin Patria: «Todos aquellos que vertieron el espíritu en *su obra*, por humilde, por pobre que ésta sea, sabrán a través de ella conmover a los hombres» (p. 12).

La belleza es inagotable para ser contemplada y para ser expresada. ¡Esa es la suprema virtud de la belleza! ¡La belleza es el único tesoro que no se agota aunque se derroche a manos llenas! (p. 92 de El mundo de mi jardín).

Hablando de la oratoria en el «El Himno sin Patria» (p. 9 y 10) llega a afirmar que la oratoria es la melodía de la frase.

Consecuente con su estética, la forma de Julio Enrique es siempre bella, altamente poética aun en el cuento, la parábola o el discurso, y su fondo profundamente filosófico.

«La campana del pueblo» es la historia de muchos pueblos que fueron antes religiosos y ahora son fríos; han ido derrumbándose los sueños y creencias que les legaron sus mayores y no han sabido sustituirlos por nuevos ideales.

«La princesa que no sabía nada» es un precioso cuento en que se desarrolla esta verdad: La perla es el conocer la miseria de los demás pero la alegría no existe sin el dolor. «Esta perla se llama el arrepentimiento. Es una lágrima. La primera huyó porque quisiste llevarla al viejo palacio; y como la alegría sólo vive en la pureza, así como la pureza sólo vive en la humildad, no le era posible acompañarte a la casa de los poderosos, donde reina el lujo, la hipocresía y el orgullo... Esta nueva piedra de la alegría te acompañará por siempre; porque ahora ya conoces el dolor. El dolor sin el cual no existe la alegría perdurable, es decir: la alegría perfecta».

Este cuento, uno de los pocos que conocemos del autor, indica que le sobran alientos para ser un gran cuentista.

El último cuento «Música ingenua» parece la historia de su casa a cuyo abrigo tantas gentes han encontrado hogar y pan. «Las dos eran hermanas. Blanquísimas y colochas, parecían dos vasos de leche recién ordeñada». La figura que emplea en todo el cuento es tan honda que no sabe uno si la metáfora está tomada de las personas para los gatos o de los gatos para las personas.

La V parte del libro me recuerda a mí a las *Humoradas* de Campoamor, y con estar en prosa, son, con todo, más poéticas que las del gran vate español.

«Hay un cielo caído, prisionero que blasfema y pugna por romper sus cadenas: EL MAR.

Y un mar vencedor que escaló los espacios y se tornó sereno: EL CIELO».

«El desierto: He aquí un Mar que se murió de sed».

«La catarata: ¡El río se ha desnucado en un salto mortal!»

El himno sin Patria

La idea dominante que flota siempre en esta obra es que el verdadero Himno es el Himno a la paz, pero que nadie lo escucha, está sin Patria.

Como la música guerrera (el ritmo infernal) ha ejercido tanto influjo en el mundo, con mayor razón el Himno sin Patria (el ritmo creador) hará una patria ideal en que se reivindicquen los atributos del espíritu hasta conseguir la fraternidad de los hombres. El día que se escuche este himno, entonces el Himno sin Patria, el desterrado himno de la paz, tendrá por patria la humanidad entera.

La tesis sostenida en él no puede ser más sana ni más católica, como que es la doctrina general de la ética cristiana: La solución de los males modernos por la espiritualidad contra la concepción materialista de la vida.

En el prólogo a la 2a. edición que se está imprimiendo actualmente, el autor se gloria, con razón, de haber salido profeta. El poeta, el vate se vuelve con frecuencia adivinador. Y Julio Enrique previó y anunció la catástrofe y aunque tímidamente presagia otra que no es difícil adivinar por las mismas causas. «Una propaganda sin narangón en la historia, una continua apoteosis de emblemas, desfiles y fanfarrias guerreras, desató en los pueblos sus instintos de presa. El libro fué dolorosamente profético. Una guerra sin precedentes se desató en el mundo; y la Paz fué un Himno que no encontró patria donde guarecerse». Hace ver que 13 años más tarde la situación es la misma: donde antes Hitler, ahora Stalin. Sus palabras quieren recordar a los hombres que la violencia no construye, y que la

única esperanza de lograr una paz pronta y perdurable es buscar por todos los medios el exterminio de la violencia y amar a todos los hombres sin distingos de origen o de raza.

Julio Enrique es conferencista y es orador, además de escritor, y si la oratoria es la melodía de la frase (p. 9 y 10) es él maestro en la elocuencia por poseer la sonoridad y la música en alto grado. También aquí la música de las palabras convence y ojalá lleve a la acción que exige ese convencimiento.

Galerías

(Vidas, Almas, Obras)

Una verdadera galería de retratos es esta obra. La ocasión: una fiesta cívica, un centenario, la glorificación de un héroe o santo, han hecho a Julio Enrique plantar el caballete, tomar los pinceles y la paleta, para fijar en el lienzo de la palabra una prosopografía, una etopeya o un retrato.

Los cuadros son en su mayoría de sabor local, indudablemente lo que más interesa, pero Julio Enrique es cosmopolita y siempre oteando, como buen vigía, el gran mundo de las letras, dibuja también las cumbres universales, para no dejar pasar un hecho histórico o un personaje de relieve.

En este museo de retratos, conocemos a Vasconcelos, Gabriela Mistral, Alfredo Espino, Montúfar, Francisco Gavidia, Jerónimo Emiliano, María Guerrero, hermanados en devota comunión de ideales.

Ante este último nombre pugna por salir una anécdota oída de labios del autor. Este saludo fué hecho en un clima en que los estudiantes de la Universidad, llevados de una romántica galantería, al recibir a la ilustre actriz en San Salvador, dieron en el gesto verdaderamente quijotesco de desenganchar los caballos y empujar el coche hasta el teatro: pero en su segunda venida ya no había coches ni caballos, y su *caballerosidad* ideó el modo de llevarla levantada en hombros hasta el teatro.

Desde el comienzo se advierte su tono señorial. «Señora: Os encontráis de nuevo en vuestros dominios. Recordaréis aún, que hace más de tres lustros, los estudiantes de El Salvador, con un gesto helénico, todo nobleza, desarnaron los caballos de vuestro carro y os condujeron ellos mismos. ¡Ellos mismos orgullosos de ser los conductores de la gloria! Hoy, que el triunfo de la máquina hace imposible ese bello romanticismo, ellos, locos de sinceridad y bizarria, acaso quisieron raptaros, y reina, sobre sus vigorosos hombros juveniles, luciros en alto, muy en alto, como una antorcha».

En esta galería hay retratos, claro está, de ocasión, pero aun entonces brilla en ellos, si no el estudio detallado, si al menos la emoción del momento.

En el prólogo de Salvador Calderón Ramírez que fué hecho para preceder a la obra, vemos, para satisfacción nuestra, que sus conceptos coinciden casi en absoluto con nuestras apreciaciones vertidas con toda sinceridad en estas líneas escritas después de leer todas sus obras completas.

En esta galería pone el autor de relieve los factores exigidos por la técnica literaria: vida y belleza. Ante nuestros ojos desfilan vidas, almas, obras, replandecientes de perfección moral, de bondad y de belleza—nos dice Calderón Ramírez—. Es la crítica orientadora de Oscar Wilde, colmada de misteriosas sugerencias, comprensiva, llena de las evocaciones del pasado y de las intuiciones del futuro. Es la actividad mental, en la cual, con hondo sentido estético, el autor expone los sentimientos y pasiones que bordan su propia conciencia. Son estados de ánimo, traducidos en monólogos interiores y creadores de la belleza. (Prólogo inédito a *Galerías*).

Mensaje de utopía

Contiene una novela corta arrancada del natural del agro salvadoreño. Chus, la protagonista, es una muchacha que pensaba que iba a ser su vida un idilio eterno bajo el signo del matrimonio con Tacho, pero eso fué una utopía, pues los vicios de su marido la hicieron desgraciada hasta que muere amacheteada por él.

La trama está bien concebida y mejor ejecutada, y la enseñanza que se desprende como fruto maduro es demasiado clara. Hay un realismo recio. El mismo autor nos dice con acierto que esta historia trágica es la historia vulgar y cruel de casi todos los amores del campo. La copia de los personajes es fiel, tomada del natural. En esta, lo mismo que en todas las demás obras, se muestra el autor gran psicólogo y muy observador, compenetrado por completo con el alma del pueblo y de las cosas. El estudio que hace de la guitarra criolla es una prueba de este espíritu de observación.

El estilo es narrativo, animado, original, y en sus expresiones vivas siempre se descubre al poeta.

Un alma frente al espejo

Diría yo que es una continuación, a manera de examen propio, de «El mundo de mi jardín». En este género se siente Julio Enrique Ávila en su centro como un rey con su cetro. El mismo espíritu observador que hacíamos notar allí, la misma introspección, que aquí ocupa lugar esencial, la misma filosofía de la vida, hasta el mismo lenguaje parabólico.

Un alma frente al espejo lo pudiéramos llamar un examen de conciencia poético. Como el que nos pone Campoamor frente a «Los dos espejos».

No queremos vernos en este segundo espejo porque nos vemos feos, y lo que hacemos es romper el espejo como la vieja de la fábula de Baltasar de Alcázar. Julio Enrique se ha mirado con sinceridad y nos ha enseñado a los demás a mirarnos, también. Tenemos miedo a vernos como somos. En nosotros existe una dualidad extraña que somos y nos conocemos unos, y queremos aparentar otros, y acabamos por engañarnos a nosotros mismos. En este examen práctico descubre el egoísmo del hombre, el miedo, la soberbia, el ansia de libertad absoluta, etc., etc.

Este es el género propio de Rodó, Masferrer y Uriarte. Junto a ellos hay que poner a Julio Enrique Ávila que con sus parábolas perfectas nos enseña a conocernos a nosotros mismos, la más difícil de las ciencias.

Con todo acierto ha dejado como colofón de esta obra inédita el ensayo sobre Juan Ramón Uriarte, que ha tenido la gentileza de enviárnoslo para este mismo número de ECA, después de ampliarlo debidamente. Es el que va antes de este artículo. En él habla con cariño de discípulo quien es verdaderamente un maestro consumado en el mismo género literario.

El Pulgarcito de América

Digamos siquiera unas palabras sobre este libro, cuyos elementos andan todavía desperdigados acá y allá, en revistas y recortes de periódicos, esperando la mano de nieve que un día los reúna bajo éste tan sugestivo título: «El Pulgarcito de América». Frase feliz que se estampó en el primer artículo «El Salvador» y que ha hecho época. «El Salvador es el país más pequeño del Continente, el pulgarcito de América. Tan pequeño, tan pequeño es, que podría imaginarse que cupiera en el hueco de una mano».

Su prosa, sencilla y amena, produce en el que la lee cierta euforia y sano optimismo, por el contenido y por la lección que nos da. «El mensaje» p.e. es una excitativa al amor de los hombres. Y en «Filosofía campestre», por medio de un diálogo entre el ojo de agua y el río, nos hace concebir un profundo amor a la verdad, a la bondad y a la belleza y, un propósito de que cada cual vaya orientando su vida según sus inclinaciones, según su temperamento: unos por las rutas de la contemplación y del arte, y otros hacia los campos fecundos de la acción y del trabajo. Esta es la lección que nos quiere dar Julio Enrique, el escritor parabólico y aleccionador.

El vigía sin luz

De intento hemos dejado para el fin esta delicada obra la que más nos ha llamado la atención entre todas las de Julio Enrique.

«El vigía sin luz» es una novela dramática o un drama anovelado, como se le quiera llamar, difícil, por no decir imposible, de representar sin que pierda mucho

de su valor. Algo parecido a lo que sucede, aunque por otros conceptos, con la «Celestina». Hay pasajes en él bellísimos que no los dicen los personajes, que son explicaciones, aclaraciones, consideraciones filosóficas, o simples indicaciones de decoración, y parecen estar hechos para que el lector se relama con una prosa tan poética. Todo eso y mucho más se perdería al ser representado.

«El vigía sin luz» es la historia de un pobre ciego que a los trece años pide a Santa Lucía la vista y no le concede la vista del cuerpo sino la del espíritu, después de conocer el mundo, viajero como nube, por la ciudad y por todos los caminos.

De ahí su nombre: es un vigía que avizora la senda a través de las tinieblas. El mismo nos lo dirá en una de las últimas escenas: «He conquistado con el sufrimiento la luz del espíritu. ¡Más valiera que no hubiera sido así! ¡Que conservara mi ceguera de niño! ¡Pero la santa hizo el milagro!... *Hágase la luz y la luz se hizo.* Y a su fulgor he visto la inconsciencia y la crueldad. A su fulgor he desenmascarado las pasiones y los intereses y he visto que los hombres son desgraciados... ¡La santa hizo el milagro! Soy como el vigía que va avizorando la senda... Pero la senda está en sombras... ¡Soy un vigía sin luz!

Toda la acción se desenvuelve en un clima muy sentimental, muy tierno y delicado, y hay escenas que arrancan lágrimas a los ojos. La musa de la poesía no le abandona nunca al autor aun en los pasajes más prosaicos, como son los de las indicaciones de escenografía y demás. Con todo, en el decurso del drama, al seguir íntimamente la vida del ciego y las consideraciones filosóficas que Julio Enrique no desperdicia ocasión para darnos, flota como un dejo amargo de tristeza.

La concepción, y sobre todo los procedimientos, no pueden ser más originales, comenzando por los personajes. Un ciego se presta a un lenguaje especial. Oímos hablar a una lata de espárragos, a la canción, a la esperanza, a un viejo narrajo, al bordón, uno de los personajes más simpáticos que dialogan más íntimamente con el ciego. El director de escena es la realidad, el apuntador el ensueño, el tramoyista la fatalidad.

Julio Enrique ha pintado aquí su carácter personalísimo, muy suyo, siguiendo su propia preceptiva; se ha mostrado como es, muy psicólogo y sobre todo muy conocedor del corazón humano. Y esto, visto a través del lenguaje figurado, envuelto en el manto de las metáforas y sobre todo ataviado con un ropaje que es todo poesía y música de los oídos y del alma.

El poeta

Después de leer todos los versos de Julio Enrique me he quedado con hambre de leer más. Su lira de maestro aún ha de regalarnos con nuevas armonías. Por ahora vivamos del recuerdo.

La poesía de Julio Enrique no es la poesía que no se entiende: la poesía novísima. Con ser modernísimo, actualísimo, no se ha alistado como soldado en ninguna legión de vanguardia: cubismo, dadaísmo, futurismo, unanimismo, creacionismo, ultraísmo, cerebrismo, expresionismo; menos en las más nuevas todavía y más extravagantes: superrealismo, paroxismo, sincronismo, impulsionismo, metabo- lismo, estridentismo, etc., etc. Tampoco, como ellos, ha querido despojarse en sus poemas de la vestidura regia, que dijera Zorrilla. Es libre al versificar, más que el modernismo, pero sin abandonar nunca el ritmo de la cadencia y del pie.

¿Que tiene algunos versos arrítmicos? ¿Y quién no los tiene? Si exami- náramos, pluma en ristre, la producción poética del musical Rubén Darío, también los encontraríamos.

Al genio se le perdonan ciertos pequeños detalles, que quizá hayan sido in- tencionados, con el objeto de no distraer al lector con la cadencia monótona de los versos en momentos en que quiere hacerle penetrar en el sentido hondo de las cosas.

Ninguno como Calderón Ramírez, en el Prólogo que hiciera para «Gale- rías» ha dado mejor con el tono de su lira:

«Saca él de sus «adentros» —como lo expresara Taine— sensaciones, senti- mientos e ideas, la plenitud de su alma, sin nebulosidades ideológicas, sin la enre- vesada oscuridad que patrocinan algunos cofrades de las literaturas de VAN- GUARDIA. Al contrario, hay en su elocución, transparencia, claridad; con pon- derado acierto sus figuras y metáforas —diáfanas y originales— enriquecen su esti- lo, imprimiéndole el vívido dinamismo psicológico que palpita en aquél que siente la belleza y sabe comunicarla a los demás.

Difícil sería encasillar su labor en determinada escuela: unas veces refleja li- rismo aromado de encantadora ternura; otras, su musa transmútase en arte parna- siano, irisado de esplendores objetivos. Es que su numen recorre las fronteras románticas sin salir de los dominios de la estética novísima. (Prólogo inédito a Galerías).

No negaremos los influjos que se notan de Rubén, sobre todo en sus pri- meros versos, «Fuentes de alma», pero sólo tomó de él lo que constituye su esen- cia y su meollo: su originalidad y sus procedimientos, como quien quiere imitar a los clásicos y toma de ellos el equilibrio de facultades, la objetividad, su «sofrosi- ne», y no el exterior, el decorado de los Trianones.

Los que han seguido al gran maestro, muchos al menos, han llegado al li- bertinaje de la métrica; él, más cuerdo, como Silva, como Nervo, como todos los ge- niales, ha respetado el ritmo, la cadencia a base de pies. En él la rima y los acen- tos quedan subordinados al pensamiento como debe ser.

A Julio Enrique para apreciarle en su verdadero mérito hay que conocerle en toda su obra, aun en la prosa. Es la primera vez que la he podido tener a ma-

no y embriagarme de su obra completa. Los buenos poetas no se aprecian en una sola composición, por genial que ésta sea, hay que contemplarles en todas sus facetas y Julio Enrique las tiene muy variadas. Tiene algo del clásico y mucho del romántico, sugiere su poesía como la música wagneriana y hasta tiene a veces las discordancias del gran maestro que han querido imitar los vanguardistas de la literatura y de la pintura. Es simbolista y usa las metáforas múltiples, pero sin hacerse oscuro. Son versos en que no se agota su contenido por más que se ahonde. Y es que el poeta halla difícil de expresar lo que lleva en el alma y acude al símbolo y hasta al convencionalismo para tratar de expresar la belleza ideal que concibe en su mente y nunca queda satisfecho de la forma de su arte.

Fuentes de alma son versos inspirados en su mundo interior, son de alma, de corazón, como dice en la dedicatoria a Lydia:

.....estos versos que quisieran ser flores y sólo saben ser alma... ¡Fuentes de alma!

Y en el último verso del *Pórtico*: porque tengo todo eso dentro del corazón.

«Fuentes de alma». Los versos de mi alma: El alma de mis versos.
Mas, tú, alma, sigue deshaciéndote en mis versos.

Y su alma va deshaciéndose en sus versos a Lydia cuando la llama perla de rocío, a quien teme quiebre la brisa al pasar, y le declara su amor sobre todo a su alma y le dice piropos: versos de alma.

Luego siguen «Fugitivas», breves consideraciones filosóficas. Julio Enrique no puede estar sin filosofar aun en sus impresiones fugaces. «Fragancias campesinas» donde también se hace filósofo de lo que ve y siente. «Dedicatorias», con la pasajera inspiración del momento. «Estampas lacustres», divagaciones sobre el lago. *La eterna interrogación*:

.....¿qué enigma irresoluble ha enarcado — tu cuello en una interrogación eterna?

Recuerda demasiado a *Los cisnes* de Rubén Darío:

.....con tu encorvado cuello
yo interrogo la Esfinge que el porvenir espera
con la interrogación tu cuello divino.

Y siguen «Recuerdos» de su novia; y «El hada ilusión», dedicada a José Enrique Rodó que con su *Ariel* fué el motivo de estos versos. Y aún contiene su «Fuentes de alma» un homenaje sincero a Argentina. «Este era un cuento» a la Srita. Charvin y su colegio, que Julio Enrique recuerda con cariño de discípulo agradecido. Y termina con lo que da el título a todo el libro: «Fuentes de alma», donde nos habla de la tortura de hacer un verso de alma, del desencanto de sentir y no poder cantar lo que se siente: la tortura de todo verdadero artista.

El poeta egoísta

Es la primera parte de este poemario un ensayo simbólico sobre el problema de la adolescencia: «El romance de la vida moza». Lo da a entender en la Dedicatoria: A la adolescencia..., este pequeño ensayo simbólico, que entraña su problema inmediato. El le hablará la voz verdadera de la vida. Se desarrolla en tres actos:

Primer acto. La laguna es la personificación de la ilusión y la quimera.

Claror de Luna, una joven, símbolo del amor.

El pescador, el poeta soñador.

El pescador se enamora de Claror de Luna e inspira sus versos.

Un joven pastor encuentra a Claror, entona una canción de amor y comienza el idilio.

Segundo acto. La corte del placer, una orgía, sirve de tentación.

El Pastor seducido por Amapola (la pasión), olvidó al Amor.

El poeta va a buscarlo en el país del ensueño.

Mas... Amor no retronó!

Con la cabellera junto a su corazón entonó su canto:

El poeta tué dueño

de la Canción:

¡Puso la crencha de oro
sobre su corazón!...

Y abnegado sembrador,
sublime de optimismo,

al dar su canto de amor
se fué derrochando él mismol

Epílogo. Así como lo mató el placer, después lo matará el orgullo. Vendrá el remordimiento. Esta es la historia de la Humanidad.

Mas no ha muerto el amor.

En el corazón

guarda el poeta el último fulgor.

El amor vivirá!

Mientras cante el Poeta, en su canción
hará su nido el Amor!...

Y el poeta cantará!... Cantará! ..

* * *

La buena humanidad despreocupada,
en su cuerdo escepticismo,
no se dió cuenta de nada...
Y todo siguió lo mismolll

«La flauta desafinada» es la vida de muchos que han errado su camino:

¡Su vial... ¿Acaso su vida
no sea una canción desafinada?...

«Voces antiguas» son descripciones vívidas con rasgos intencionados de filosofía. *Amanecida*, *El suspiro del pinar*, *Emoción matinal*, *Nirvana*, los temas que le siguen.

«Plegarias de Noche Buena» contienen consideraciones filosóficas sobre Navidad. Aníñad vuestro espíritu, parece ser la tónica de esta canción navideña.

«El poeta egoísta» que da el nombre a toda la obra es su mensaje a la humanidad. Le dice: Lo mejor de mí mismo para tí: mi amor; yo me quedaré con lo mejor de mi amor: el dolor. Este es el egoísmo del poeta. Tú, ignora el dolor. No busques la tristeza.

Tu cristal
no puede contener ese divino
mal...
Se agriaría tu vino.

El dolor produjo la tristeza y la tristeza, engendró la melancolía, madre de la poesía.

Así entiendo yo el simbolismo de Julio Enrique. Puede ser que a otro le diga otra cosa.

Los ritmos desnudos

Estos versos retratan la vida real al desnudo, despojada del ropaje vaporoso de la ilusión, que todo lo pinta de color de rosa.

Son ritmos desnudos, en que se muestra al descubierto la sinceridad del sentimiento. Algunos son sollozos arrancados de lo más íntimo del alma. Todo el libro es una plegaria florecida en lágrimas desgarradoras.

Cada ritmo tiene su emoción: su nacimiento, la compañera, el momento oportuno, plegaria a la mañana por el amor infecundo, —la tragedia, como él la llama, de su casa,— el corazón de la casa, la primera caricia, la clave: —saber otorgar el corazón—, el ritmo inefable: el corazón de su esposa.

«Frívolamente» son instantáneas. Me ha llamado la atención *El pintor y el poeta*. El artista es el que tiene todo dentro, no está todo en el paisaje, y de lo más íntimo debe sacarlo. El dolor es él mismo. Una vez más me siento tentado a hacer un ensayo sobre la estética de Julio Enrique en sus obras. Y creo que algún día, primero Dios, lo he de hacer.

«Dedicatorias». Hay algunas de momento, pero otras, como la alegría de Gloria, tienen sentimiento hondo y cristiano. A Licia, insiste en su principio de originalidad, exparcido por toda su obra, y una de las dotes de Julio Enrique quien supo convertir la poesía en jugo y sangre propios para expresar sólo sus vivencias, y todo como él lo siente, sin convencionalismos ni leyes de retórica. Por eso ha logrado ser un poeta modernista y modernísimo, personal; en una palabra, él mismo.

Poemas del dolor irreverente

Este libro es un drama que comienza en la desesperación, y, pasando por los estados anímicos de dolor, inadaptación a la vida, duda, sapiencia, contricción, llega al fin a la placidez del arco-iris, que es el gozo en el dolor. Esto, a pesar de lo que nos dice el poeta, como explicación de la obra: «Este libro, que está muy lejos de la serenidad y muy cerca de la desesperación, será condenado, casi seguro, por los espíritus juiciosos y reposados; condenado por ilógico y arbitrario. Pero más de algún atormentado espíritu llegará a amarlo. Estos poemas no admiten ser juzgados —ya lo dije, son arbitrarios e ilógicos— pero quisieran ser amados, porque han sido escritos con amor y con dolor».

Yo diría, con un espíritu renacentista, que hay una lógica del entendimiento y una lógica del corazón, la virtud está en saber armonizar las dos. A veces acertamos con sólo la primera y otras con la segunda; y a veces nos estorba tanto una como otra, separadamente, para conocer la verdad. El hombre no es ni puro cerebro ni puro corazón, sino ambas cosas juntas.

No es necesario ser injucioso ni irreposado para no condenar estos poemas como ilógicos. Nosotros, que no nos juzgamos ni una cosa ni otra, que tampoco blasonamos de espíritus atormentados, vamos a juzgarlos con la lógica del corazón y del entendimiento: con comprensión, y llegaremos a apreciarlos en su verdadero valor, que es mucho, y a amarlos.

«Estos poemas han sido escritos con dolor, con un dolor rayano en la desesperación; y con amor, con un amor grande y entrañable a su madre, que más que su madre: «fué la representación perfecta de la madre, por eso en su recuerdo, glorifica y ama a todas las madres de la tierra». Pero al fin de esta tormenta de dudas, apunta un arco-iris de esperanza, con una composición sublime «La Divina Raíz», que es como el broche de oro con que cierra su obra.

«La Más Grande Grandeza de Dios» —el poema del dolor— es una elegía a su madre muerta. Todo él es un desgarró del corazón, pero gracias a ese dolor inmenso ha aprendido que «La Más Grande Grandeza de Dios» no es la obra de su omnipotencia en el mundo visible, es haber creado la madre. En vuestras frentes se ha dibujado una imagen querida que compendia todo amor, todo dolor, todo sacrificio. Es tu madre y es la mía.

El amor a su idolatrada madre y el dolor de verla muerta, le hace decir incoherencias, expresiones atrevidas que llegan incluso a la herejía y a la blasfemia material, pero que en el paroxismo del dolor ponen a salvo la responsabilidad de quien las profiere, conocido como de una ortodoxia a toda prueba.

El estado de desesperación del autor se expresa en «El Guignol de la Vida», con un grito maldiciente pero que sin embargo se aferra a la Providencia como único posible camino para su angustia.

En «El Creador de Mundos» el hombre abatido, que no le encontró razón a la vida, después de pretender ser Dios o siquiera Diablo, se hunde en el colmo de la desesperación, porque ve que el poder creador de un Dios no puede aliviar la inquietud irremediable, la inquietud sin esperanza de un hombre...

«De un hombre:
una pobre alma desnuda
llena de incertidumbre
y ávida de verdad
imposible!»

Lo que al principio es desesperación llega después a ser solamente pesimismo y duda, ante el misterio de ultratumba. Meditando en la muerte, exclama en el «Poema de la Vida Perfecta»:

«Acongojado mi espíritu se hincó
sobre el peñón...
¿También por destino humano
el alma, el alma vieja habría de ser gusano?
¡Ella que soñó
ser sólo alas: paloma, golondrina,
o águila caudal;
y poder alzarse sobre el mal
del mundo, como el néctar de una fina
bebida en la copa de cristall

Y termina aconsejándonos vivir nuestra propia vida:

«La vida es asesina de tu vida,
Debes vencer
la vida
para poseer
tu vida.

«Navidad» es una inquietud desgarrada, no encontrar a Dios como senda de perfección:

«¡Ha nacido un Dios!...
Mas, ¿cómo encontrarlo?...

Esta inquietud se suaviza ya algo en el siguiente poema «¿Por qué?»:

«¿Por qué lo más puro
y noble en el espíritu
—Dios, que es la concordia infinita;
y la madre, que es luz de cielo;
y el hijo, que es el jazmín
de la ternura;
y la amada, que es agua
en el cuenco de la mano;
y la patria, que es refugio
a la vuelta del camino;
y el ideal y el tesoro—
nos vuelve sanguinarios?

¿Porqué la flor,
aroma y armonía,
vive tan sólo unos instantes;
y la espina, que hiere,
dura una eternidad?
¿Porqué se despeja
al cordero de su lana,
a la abeja de su miel
y al que sueña de su ensueño?
Porqué... Porqué?...
Porqué? ..

Y, en esta disminución gradual del dolor, llegamos a «Sapiencia», en la que muestra el poeta ya solamente una melancolía, aunque temeroso aún de conocer la vida a fondo. Oigámoslo:

«Estoy frente a la vida,
espectador silencioso
que mira correr el río
sin atreverse a hundir
las manos en el agua».

Por este camino llega el poeta al acto de contricción y nos dice: «Por el Vía Crucis del dolor se llega al alba del arrepentimiento». Y tenemos el placer de saborear el alivio del alma atormentada, por medio de la contricción:

«Ojos tristes y náufragos
como dos esperanzas
con las alas rotas.
Sus ojos:
espejos de mi conciencia.
Lámparas encendidas
con aceite de amargura.
Ramos de olivo y perdón...»

Por eso puede decir con verdad:

«Siento cuando me miran,
como que me arrullaran el alma
en el hueco de las manos!...

Después de este acto de contricción, brilla el arco-iris en el alma del poeta. Llegó al perdón de sí mismo por el arrepentimiento, y a sentir el gozo y el amor del dolor, en «La Divina Raíz». El mismo nos lo dice: «Por el arrepentimiento, que es el auto-perdón, el perdón de sí mismo, se alcanza el amor total, el amor pleno, que es la comprensión».

«Amemos el Dolor!

Fuente de agua salobre
que limpia la conciencia oscura;

pesada cruz sobre
la que el alma crucifica
sus miserias, hasta quedarse pura...
Si al amor glorifica
la ilusión,
el dolor es el divino
camino del perdón».

«La vida es un dualismo doliente,
inexplicado;
tras el fruto maduro
se esconde la serpiente
y tras el pensamiento puro
atisba el pecado.
Hay en el alma un surco y un sembrador:
el amor da la flor,
pero el jardinero es el dolor!»

He ahí la respuesta a su pregunta inquietante de la primera página de su libro: «¿Qué es el mundo sino amor y dolor?»

Y nos enseña que al amor no se llega sino por el dolor.

Alfonso M. Landarech S.J.

San Salvador, 8 de Septiembre de 1949.



Recuerdos de El Salvador

Para mí, guiado por mi
condición de autor dramático,
lo que más me interesa en los
países que visito, antes que los paisajes
y los progresos materiales, es, los testamentos
de la cultura, el espíritu y el trato
social, un humanismo, en una palabra.

En la República del Salvador, he visto
todo esto, lo mismo en las altas clases
que en las populares; una sencillez y
natural elegancia en expresiones y maneras,
que ha dejado en mí uno de los más
gratos recuerdos de mis viajes por América.
Frente Perpetua